

LA EMPATÍA EN LA DOCENCIA

COMUNICACIÓN CONJUNTA:

Josefa Sánchez Doreste
I.E.S. Cruz de Piedra
Las Palmas de Gran Canaria

Jaume Gaya Catasús
I.E.S. Joan Ramon Benaprès
Sitges.

RESUMEN.

La empatía en la docencia hace referencia a la empatía del profesor y a la empatía de los alumnos. Una de las formas del desarrollo de la empatía es la mimesis. El alumno aprende por imitación, siendo su profesor un modelo de comportamiento a seguir. Esta es la justificación de que centremos nuestra atención en la persona del docente. Un profesor empático generará empatía en sus alumnos y tendrá los recursos necesarios para desarrollar esta capacidad en cada uno de sus alumnos.

Al hablar de la empatía en la docencia hemos de hacer referencia a la empatía del docente y a la empatía de los alumnos. Dado que de la personalidad del profesor, y de su nivel de relación con los alumnos, depende en gran medida el éxito o fracaso de éstos en los estudios, debemos dedicar parte de nuestra atención a las capacidades emocionales de los docentes.

Queremos aclarar que este ensayo que presentamos es sólo un apartado de un trabajo de investigación más amplio (en prensa) en el que unimos la teoría a la práctica en el desarrollo de las capacidades propias de la inteligencia interpersonal. Capacidades que debe desarrollar en sí mismo el docente para poder ayudar al alumno, a su vez, a desarrollar las propias.

De entre las capacidades propias de la inteligencia emocional hemos elegido para esta exposición el desarrollo de la empatía en el docente, por entender que es la base sobre la que se sustenta todo el proceso educativo. Los alumnos tienden a estudiar más aquella materia que le transmite un docente con el que empalizan y menos aquellas que son la materia de enseñanza de un profesor por el que no sienten nada, en el mejor de los casos, o por el que sienten una cierta aversión. De ahí que prestemos especial atención al desarrollo de la capacidad empática en la persona del docente. Por una simple razón: porque nadie puede dar lo que no tiene.

Cuando una persona adquiere el título universitario que le acredita para ejercer la docencia, no existe ninguna garantía de que esa persona sea apta para desarrollar el trabajo que pretende realizar. Podemos afirmar que su capacidad intelectual está plenamente probada, que está capacitada para transmitir los contenidos propios de la materia en la que ha obtenido su especialización, pero nadie puede asegurar que esa

persona posee las capacidades necesarias que le permitan asumir la tarea de educar, de hacer de sus alumnos seres autorrealizados. La capacidad empática no tiene nada que ver con la brillantez académica, ni con la capacidad intelectual. Las características de un docente empático no están consignadas en su expediente académico.

La docencia es una de las actividades, al menos en el sector público, que no precisa de una entrevista personal, regulada por una empresa y a cargo de un psicólogo que dé fe de que la persona encuestada reúne los requisitos que se precisan para el trabajo que pretender desempeñar. La docencia es un trabajo cuya materia prima son seres humanos en edades muy tempranas; su finalidad es formar a los hombres del mañana; hacer de ellos personas autorrealizadas, creativas y entusiastas, capaces de ganarse la vida en el futuro, de insertarse en la sociedad de forma efectiva y de contribuir a su evolución en busca de mejoras (Sánchez, 2002). Y, sin embargo, nada de esto parece preocupar a los principales responsables de la educación.

Es preocupante ver cómo se pone la formación de los niños y jóvenes en manos de personas que sólo garantizan su formación intelectual, sin tener en cuenta su formación humanística. Parece ser que a nuestra sociedad sólo le preocupa la proyección del niño de cara a la vida adulta, hacer de él una persona preparada para trabajar. Parece ser que no es importante la vida presente de estos niños, enseñarles a vivir su niñez y juventud, para que a partir de este modelo, puedan dirigir por sí mismos su futuro.

Delors (1996) señala cuatro principios que deberán regir la educación en el siglo XXI: *aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a ser y aprender a vivir juntos*. De ello se desprende que no sólo es función del docente poseer competencias pedagógicas suficientes que le faciliten el poder contribuir con éxito al desarrollo intelectual de sus alumnos sino que deberá poseer, además, una serie de capacidades humanas que le posibiliten contribuir al desarrollo completo de la personalidad de estos.

Aprender a ser supone desarrollar una serie de capacidades propias de la inteligencia intrapersonal. *Aprender a vivir juntos* significa, desarrollar las capacidades propias de la inteligencia interpersonal, y de formas muy concreta la empatía. Luego el desarrollo de la inteligencia emocional está presente en los programas educativos y es función del docente el contribuir a su desarrollo, utilizando como herramienta para ello los contenidos de su materia de enseñanza.

La realidad es que el docente no ha recibido una formación específica que le permita ser efectivo en su puesto de trabajo. Y, además, vivir bien las situaciones – muchas de ellas difíciles- del día a día en el aula. Nadie le ha dicho que se espera de él, tampoco nadie le ha dicho que debe utilizar su materia de enseñanza para la tarea de educar. Nadie le ha dicho que su importancia reside en ser profesor de tal o cual materia. Nadie le ha dicho que su valor está en ser educador. Y posiblemente caer en la cuenta de ello le llevará un puñado de años, con el soporte acumulado de horas robadas al sueño, estados emocionales bajos, reducción de la autoestima, etc.

Si observamos el entorno de los centros educativos, existe una gran preocupación por *dar el programa*. Los profesores viven agobiados por la burocracia, importa la disciplina, la asistencia diaria, las estadísticas de aprobados, que no exista el fracaso escolar, etc. Pero que el alumno se sienta integrado, desarrolle su creatividad y que, en definitiva, sea feliz no parecer ser el fin último de la educación. No queremos dar la impresión de que desatendemos la educación intelectual, porque no es así. Lo que queremos destacar es que es tan importante la educación intelectual como la educación emocional, que no se entiende la una sin la otra, son dos caras de una misma moneda y, consecuentemente, inseparables.

Hoy en los centros educativos conviven alumnos con diferentes intereses. Encontramos un grupo, no tan nutrido como quisiéramos, que desea estudiar y con esa intención acuden al centro educativo cada día; un segundo grupo no presenta ningún interés por los estudios y acude al centro a relacionarse, a hacer amigos, cosa también loable; y un tercer grupo, más numeroso de lo que quisiéramos, acude al centro sin ningún fin preconcebido, sin ningún interés especial. Pero la jornada escolar es larga, y este último grupo de alumnos, sin ningún fin preconcebido, acaba molestando y entorpeciendo el normal desarrollo de las clases. Suponemos que el docente empático debe empatizar con todos y cada uno de los alumnos de los tres grupos señalados. ¿Es esto posible? ¿Cómo conocer, comprender y compartir las vivencias de los alumnos boicoteadores?

Realmente, no es fácil ser docente. Si serlo supone poseer un equilibrio emocional que le permita vivir todas las situaciones de su clase con normalidad, interés y entusiasmo, poseer una autoestima a prueba de bomba y un alto nivel de empatía general.

Delors (1996) dedica un extenso apartado a la figura del docente. A la necesidad de formarle a nivel emocional, así como en materias tales como la pedagogía y la psicología, con el fin de que pueda cumplir con eficacia todos los objetivos de la educación para el siglo XXI.

En un acto de comunicación que es el desarrollo de una actividad de clase, el profesor no es un mero emisor de contenidos, no tiene solo un mensaje intelectual que dar a los alumnos. Estos tampoco son un grupo homogéneo de receptores, deseosos de decodificar el mensaje que les llega. Debemos recordar que un profesor es también un receptor. Un receptor no sólo de los mensajes orales sino también de los estados emocionales que de forma constante le transmiten sus alumnos. Un profesor debe saber interpretar el código no verbal (Gaya, 2002) que le transmiten sus alumnos, incluso cuando alborotan en sus clases los alumnos se comunican, expresan que no les interesa el contenido de la clase. Porque se aburren, porque la información no responde al aprendizaje significativo.

Un docente que no posea un alto grado de empatía, que haya olvidado por completo su niñez, difícilmente será capaz de ponerse en el lugar de sus alumnos, difícilmente podrá establecer una relación de equilibrio y armonía en el entorno de su aula. Un docente que no sea empático no podrá solucionar de forma eficaz los conflictos de su clase; a menudo no entenderá el comportamiento de sus alumnos, se sentirá agredido a nivel personal por las actitudes de éstos, adoptará medidas correctivas que, lejos de ser educativas, conducirán a todo lo contrario y, finalmente, se convertirá en un profesor “quemado”.

Para poder llevar a cabo su trabajo con ilusión y eficacia, el docente deberá desarrollar en sí mismo las capacidades propias de la inteligencia emocional – inteligencia intrapersonal e inteligencia interpersonal- que le facilitarán el saber vivir el día a día con ilusión, el poder ayudar a sus alumnos a *aprender a ser* y *aprender a vivir juntos*, objetivos que figuran en el currículo bajo la nomenclatura de “actitudes”.

Nos preguntamos a menudo: El docente, ¿es empático? ¿Es empático sólo con aquellos alumnos buenos estudiantes y disciplinados, o lo es con todo el grupo? ¿Es capaz de comprender a todos los alumnos por igual? Su empatía ¿es más afectiva que cognitiva, o viceversa? Es fácil conectar con aquellas personas afines, con aquellos alumnos deseosos de aprender, que acogen con entusiasmo todo lo que queremos transmitirle. El docente debe conocer también los sentimientos de aquellos alumnos que no tienen ningún interés por aprender, porque tienen otras necesidades más apremiantes que cubrir, porque les falta lo más imprescindible (alimentos, afecto, seguridad familiar,

etc.). Y frente a esta realidad poco le preocupan los conocimientos que nos empeñamos en transmitirles. El docente no tiene por qué estar de acuerdo con el comportamiento de esos alumnos insumisos, pero puede comprender que es muy difícil para ellos tener un comportamiento diferente al que adoptan. El docente debe tener una paciencia de santo y una capacidad sin límites para amar y comprender a todos sus alumnos por igual. El docente es un modelo para sus alumnos, de él aprende lo más importante, las reglas para encauzar su vida. Por eso un docente que ame la vida y su trabajo, que tenga una actitud positiva y que tenga un control de sus emociones, estará enseñando al alumno a adquirir estos mismos comportamientos. Porque sólo con su presencia ya educa. Independientemente de que, además, incluya de forma reglada en la enseñanza de su materia el desarrollo de las actitudes que figuran en el currículo y que son el desarrollo de sus capacidades emocionales.

Un docente empático generará empatía en sus alumnos. No debemos olvidar que el primer estadio de la empatía es el mimetismo. Los alumnos aprenden a ser empáticos imitando a sus profesores. Pero si el profesor no lo es, ¿cómo podrán aprender a serlo ellos? Los padres no siempre son un ejemplo a seguir para los hijos. Si los comportamientos del profesor son más fuertes y decididos, el alumno aprenderá de éste y lo imitará.

Debemos aceptar al alumno tal cual es y ayudarlo a progresar. Eso no quiere decir que seamos permisivos, sino que sepamos guiarles con mano firme, segura y amorosa. Los niños que empalizan con sus profesores son más dúctiles y propicios al cambio.

El ser humano en general tiene, genéticamente, una predisposición especial para experimentar la empatía. Casi podríamos aventurarnos a decir que posee un gen de empatía. Si bien esa tendencia a reaccionar ante las manifestaciones emocionales de otra persona es innata, numerosas investigaciones han puesto de manifiesto que esta capacidad va desarrollándose de forma gradual y paulatinamente en cada individuo desde su nacimiento hasta alcanzar la edad adulta. Pero no basta con sentir los mismos sentimientos que el otro, es decir, ser empático a nivel afectivo, la empatía es una capacidad que se adquiere, en mayor o menor medida, a lo largo de toda la vida, a través de la relación con las demás personas (por imitación) y a través de la educación (conciencia).

Existe una predisposición especial a empalizarse con las personas afines. Pensemos en los profesores componentes de un claustro. Por regla general, los profesores de la misma materia, los pertenecientes a un mismo departamento didáctico, se relacionan más estrechamente entre ellos que con los profesores de otros departamentos. Luego, los estudios realizados, el compartir los mismos intereses y problemas unen. Del mismo modo, los alumnos estudiosos tienden a agruparse; los indisciplinados forman también un bloque común. Los alumnos de una misma clase pueden no estar demasiado unidos, puede haber entre ellos diferencias abismales. Sin embargo, en presencia de un grupo externo, tienden a agruparse y a tomar una línea de comportamiento común.

El docente debe conocer los mecanismos que rigen el desarrollo de la capacidad empática e incluir el desarrollo de esta capacidad en su programa de clase. El realizar trabajos en grupo es una forma de estrechar lazos, de enseñar a los alumnos a compartir experiencias, a ayudarse, a conocerse, y a aceptarse los unos a los otros.

La empatía es una respuesta afectiva-cognitiva (Hoffmann, 1980), por parte del individuo que observa las vivencias de otra persona, activada por el estado de necesidad de esa otra persona, influyendo en la manifestación de la percepción y valoración que tenga el individuo observador del bienestar de la otra persona. En este sentido, hemos de tener en cuenta que la educación puede ayudar a aprender a “observar y percibir” el

mensaje que en toda interacción humana transmite un ser humano a otro. Hoffman (1980) señala cinco formas de suscitación empática. Tres de ellas son instintivas, automáticas e involuntarias, son las denominadas *afectivas* o *emocionales*. Las otras dos pertenecen al ámbito de la empatía *cognitiva* y, consecuentemente, son conscientes, aprendidas y voluntarias y, por tanto, educables.

Un trabajo interesante sería el seguir la evolución de un niño desde su nacimiento hasta la pubertad. Conociendo las reglas que regulan su proceso de maduración psicológica podremos ayudarlo en su evolución. Podremos también comprender sus reacciones emocionales. Sirva un ejemplo: frecuentemente los profesores se quejan de que cuando amonestan a un alumno en clase, otros alumnos salen en su defensa. Los profesores interpretan este comportamiento como una agresión hacia su persona y como un acto de indisciplina grave. Pues bien, este comportamiento es normal. Existe un sentimiento conocido con el nombre de *ira empática* (Hoffman, 2002) y que consiste en solidarizarse con la persona que sufre. Cuando una persona es atacada por otra despierta un sentimiento en otra tercera persona que es de protección y de simpatía. En el contexto del aula, cuando un profesor amonesta severamente a un alumno en presencia de toda la clase, puede despertar un sentimiento de ira empática en otro alumno. Ese alumno puede pensar que su compañero está siendo atacado sin piedad y de forma injusta. Su reacción por empatía hacia su compañero es de ira hacia el profesor. Luego este sentimiento no puede ser recriminado. El profesor debe poner especial cuidado en no despertar este sentimiento de ira empática en un tercer alumno. Y si ocurre así debe dar una interpretación correcta al caso y evitar el sensacionalismo.

Somos realistas y sabemos que con treinta alumnos por clase, todos diferentes, hijos de distintos padres y madres, con niveles, capacidades, necesidades e intereses diferentes, y con un programa que dar, es difícil no sólo dar clase sino simplemente sobrevivir. De ahí que el docente debe estar hecho de una sustancia especial, no sólo a nivel profesional sino a nivel de persona.

Es mucho lo que los docentes deben aprender e interiorizar sobre la inteligencia emocional. El docente debe estar capacitado para aprender a conocer, comprender y compartir los sentimientos de los demás y, sobre todo, los sentimientos de las personas con las que más frecuentemente se relaciona. El docente debe aprender a amar y a aceptar a su alumno tal cual es y a partir de ahí, ayudarlo a progresar. El docente debe hacer posible que para esos alumnos “difíciles” exista el cambio.

BIBLIOGRAFÍA.

DELORS, J. (1996): *La educación encierra un tesoro*. Madrid: Santillana.

GAYA, J. (2002): “La comunicación no verbal”. En *Corazones inteligentes*. Eds. P. Fernández Berrocal y N. Ramos Díaz. Barcelona: Kairós. pp. 219-237.

HOFFMAN M. L. (1980): Moral development in adolescent. En J. Adelson (dir.): *Handbook of adolescent psychology*. New York: John Wiley & Hijos.

----- (2002): *Desarrollo moral y empatía*. Idea Books, S. A: Barcelona.

SÁNCHEZ, J. (2002): “La educación de las emociones a través de la lectura”. En *Corazones inteligentes*. Eds. P. Fernández Berrocal y N. Ramos Díaz. Barcelona: Kairós. pp 377-393.